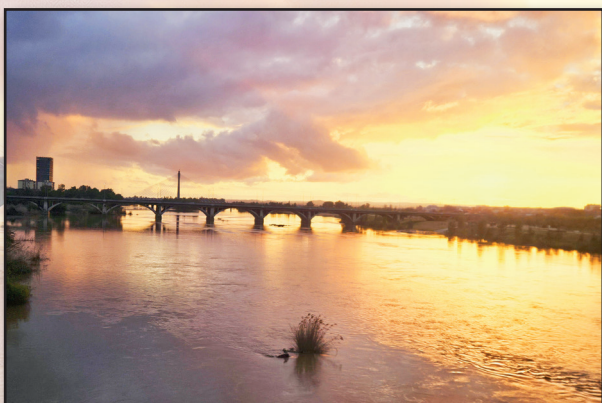


**Tiempo para caminar.
Tiempo de esperanza**



**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes
que conforman el presbiterio
de esta Iglesia Particular**

✠ **FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM**
Arzobispo de Mérida-Badajoz



Maquetación e impresión:
MARCIPA ARTES GRÁFICAS
Tfno.: 652 747 402

Tiempo para caminar. Tiempo de esperanza

**Carta pastoral del
Arzobispo de Mérida-Badajoz
a todos los sacerdotes
que conforman el presbiterio de esta
Iglesia Particular**



**✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz**

Índice

Tiempo para caminar. Tiempo de esperanza	7
Saludo	7
Gracias	7
Llamados por nuestro propio nombre.....	9
Cuidemos nuestra realidad personal	12
Canales de la misericordia del Señor	15
Desafíos a nuestra identidad sacerdotal	16
Servir al pueblo y no servirse del pueblo	16
Vencer la mediocridad espiritual	19
Vencer la tentación de la mundanidad	23
Vencer la tentación de la apariencia/superficialidad	26
Ser constructores y testigos de fraternidad	29
Para concluir	32
Abreviaturas	34

TIEMPO PARA CAMINAR. TIEMPO DE ESPERANZA

Carta pastoral del Arzobispo de Mérida-Badajoz a todos los sacerdotes que conforman el presbiterio de esta Iglesia Particular

SALUDO

Mis queridos hermanos sacerdotes, “amados de Dios”, que peregrináis en esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz (cf. *Rm* 1, 7): ¡El Señor os dé la paz!

Un saludo particular a cuántos estáis experimentando la debilidad física a causa de la enfermedad o del peso de los años, y a cuántos sois probados por la soledad o incluso por la frustración en vuestra labor pastoral. Los enfermos recordad siempre que estáis completando en vuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo (*Col* 1, 24). Los que os sentís solos no olvidéis nunca que Jesús camina a vuestro lado, como un día caminó con los discípulos de Emaús (*Lc* 24, 13 ss.).

Que nunca el Señor pueda decir de nosotros lo que dijo a través del Ángel de la Iglesia de Sardes: “Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto” (*Ap* 3, 1). Para ello, que en ninguno de nosotros “decaiga el amor primero” (*Ap* 2, 4). Mantengámonos “fieles hasta la muerte” y él nos dará “la corona de la vida” (*Ap* 10).

GRACIAS

Mis queridos hermanos en el sacerdocio: En este día en que celebramos la Misa Crismal, además de consagrar el Crisma y bendecir los óleos de los catecúmenos y de los enfermos, cercano ya el Jueves Santo, los sacerdotes renovaremos las promesas sacerdotales recordando el día de nuestra ordenación y unción sacerdotal por el santo Crisma.

Personalmente vivo con especial intensidad esta Misa Crismal, en primer lugar, por ser la primera que celebro con vosotros, y, por otra parte, porque es la Misa que el Obispo celebra con el Pueblo de Dios que le ha sido encomendado y en la que se manifiesta públicamente la comunión existente entre el obispo y sus presbíteros en el único y mismo sacerdocio y ministerio de Cristo¹.

Hoy doy gracias a Dios una vez más por cada uno de vosotros, queridos sacerdotes, y por nuestro

¹ Cf. VATICANO II, *Presbiterorum Ordinis*, 7.

presbiterio. Doy gracias a Dios por vuestro trabajo diario, con reconocimientos, pero también con tantas incomprendiones y dificultades. Estos días habéis venido a mi mente y a mi corazón con vuestro rostro concreto; ante el Señor he pensado en vuestros posibles estados de ánimo: en unos serán de alegría y de ardor misionero y en otros tal vez de dolor pastoral o de cansancio, de desaliento o quizá de desconcierto en la tarea.

Cercano ya el Jueves Santo, un día muy importante para toda la Iglesia y particularmente para nosotros sacerdotes, deseo hacerme presente, una vez más, en vuestras vidas, ante todo para deciros gracias. Gracias por vuestras vidas entregadas a la causa del Reino; gracias por testimoniar el Evangelio en la parcela de la viña del Señor que os ha tocado en suerte.

En estos ocho meses que llevo entre vosotros como Arzobispo residencial he podido realizar muchas visitas y participar en muchos encuentros y actividades de la Archidiócesis², así como de todos los arciprestazgos, y también encontraros personalmente a muchos de vosotros. Gracias por haber compartido conmigo, vuestro hermano y pastor, vuestras inquietudes, vuestras preocupaciones y vuestras alegrías. Gracias por abrirme el corazón como se le abre a un amigo.

Todo ello me ayuda a conoceros mejor y a que vayáis conociéndome también a mí, más allá de los clichés que podamos tener unos de otros. Todo ello me ayuda también a orar por vosotros a diario, especialmente en la celebración de la eucaristía. “Dios me es testigo de cuán incesantemente me acuerdo de vosotros” ante Él (*Rm 1, 9*), como seguramente también vosotros me recordáis a mí ante el Señor Jesús. Me ayuda, en fin, a valorar más y mejor vuestro trabajo en favor del pueblo de Dios al que habéis sido enviados. Os puedo asegurar que muchas veces me he sentido orgulloso de vosotros.

² En este tiempo, entre otras actividades llevadas a cabo en la Archidiócesis, he podido visitar todos los arciprestazgos, 36 parroquias (algunas varias veces), 2 santuarios, 4 colegios, 25 realidades vinculadas a la vida consagrada; me encontré con 12 movimientos y asociaciones laicales, mantuve encuentros con 9 Delegaciones, y he participado en 17 encuentros diocesanos; he mantenido encuentros con 9 autoridades civiles y militares y participado en 5 actos con dichas autoridades. También he tenido la alegría de participar en las 4 Asambleas diocesanas y he podido recibir en el Arzobispado a muchos sacerdotes y consagrados. Todo ello para mí ha sido y está siendo una verdadera escuela de aprendizaje.

Y porque formáis parte de la heredad que el Señor me ha regalado, no ceso de dar gracias a Dios por cada uno de vosotros (cf. *1Cor 1, 4*).

LLAMADOS POR NUESTRO PROPIO NOMBRE

Un día, más o menos lejano, el Señor pasó a nuestro lado, como pasó al lado de los primeros discípulos (cf. *Mc 1, 10-20*), y fijándose en nosotros, nos miró con amor (cf. *Mc 10, 21*) y llamándonos por nuestro nombre nos dijo a cada uno: *Ven conmigo y te haré pescador de hombres* (cf. *Mc 1, 17*).

Jesús nos llamó a seguirle no porque fuéramos los mejores. Mirando a nuestras vidas ni sabríamos decir por qué se fijó en nosotros. Al menos eso es lo que me ocurre a mí. Lo cierto es que nos “vio”, nos amó y nos invitó a seguirlo (*Mc 1, 16. 19*).

Ese *ver* fue una mirada profunda. Una mirada de corazón a corazón. En nuestra vocación todo es gracia en la que el recipiente de esa gracia es nuestro pecado, nuestra vulnerabilidad. Ante la verdad de Dios estamos llamados a descubrir nuestra propia verdad. Pedro reconoce su verdad y se siente indigno: “Aléjate de mí que soy un pecador” (*Lc 5, 8*). Y es en esa situación en la que recibe su misión: Simón se convierte en Pedro llamado a confirmar a sus hermanos en la fe. Es en el reconocimiento de su fragilidad donde el Señor le confirma su misión: “Confirma a tus hermanos en la fe” (*Lc 22, 32*). Y es que no hay revelación de Dios sin reconocer el propio pecado. Simón será Pedro, garantía de estabilidad, precisamente cuando descubra su debilidad.

Dice el Papa Francisco: “No lo olvidemos: en el origen de la vida cristiana [y por lo tanto de la vida sacerdotal] está la experiencia del encuentro con el Señor, que no depende de nuestros méritos o de nuestro compromiso, sino del amor con el que Él viene a buscarnos, llamando a la puerta de nuestro corazón e invitándonos a una relación con Él. Yo me pregunto y os pregunto: ¿Me he encontrado con el Señor? ¿Me dejo encontrar por el Señor? Más aún, en el origen de la vida sacerdotal [...] no estamos nosotros, nuestros dones o algún mérito especial, sino que está la sorprendente llamada del Señor, su mirada misericordiosa que se ha inclinado sobre nosotros y nos ha elegido para este ministerio, aunque no seamos mejores que los demás.

Somos pecadores como los demás. Y esto, hermanos, es pura gracia. ¡Pura gracia! Me gusta lo que san Agustín decía: “*Mira de un lado al otro, busca el mérito y no encontrarás nada. Solo gracia.* [Nuestra vocación] es pura gracia, pura gratuidad, un don inesperado que abre nuestro corazón al estupor ante la condescendencia de Dios”³.

No perdamos nunca, mis queridos hermanos, la capacidad de asombrarnos ante la llamada del Señor a ser sus “amigos” (cf. *Jn 15, 15*), a compartir con él los momentos más íntimos. ¡No perdamos nunca el asombro de la llamada! Recordemos siempre el día en el cual el Señor nos llamó. El asombro se alimenta de la memoria del don recibido por gracia, memoria que debemos mantener siempre viva en nosotros. Pero igualmente no perdamos nunca la capacidad del asombro ante la llamada del Señor a seguirle a pesar de nuestra indignidad, de nuestro pecado. Solo si reconocemos nuestra indignidad podremos ser gratos al Señor y, al mismo tiempo, canales del consuelo del Señor y testigos gozosos del Evangelio de la misericordia. Solo si nos reconocemos inmerecedores de la mirada amorosa del Señor y de su llamada a seguirle, podremos “ser profecía de paz en las espirales de la violencia; discípulos del Amor dispuestos a curar las heridas de los pobres y de los que sufren”⁴.

Si perdemos esta conciencia y esta memoria, corremos el riesgo de ponernos a nosotros mismos en el centro en lugar del Señor; corremos el riesgo de agitarnos en torno a proyectos y actividades que sirven a nuestras propias causas más que a la del Reino; corremos el riesgo de vivir incluso el apostolado en la lógica de promocionarnos a nosotros mismos, buscando *hacer carrera*, en lugar de gastar nuestra vida por el Evangelio y por el servicio gratuito a la Iglesia.

El Papa Francisco nos recuerda: “Es Él quien nos ha elegido (cf. *Jn 15,16*). Es Él. Él, al centro: si lo recordamos, incluso cuando sentimos el peso del cansancio y de alguna decepción, permanecemos serenos y confiados, seguros de que Él no nos dejará

³ PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas y seminaristas de la República Democrática del Congo*, 2 de febrero de 2023.

⁴ *Idem*.

con las manos vacías, nunca. Nos hará esperar, eso es cierto, pero no nos dejará con las manos vacías. Como los pescadores, entrenados en la paciencia, también nosotros, en medio de los complejos desafíos de nuestro tiempo, estamos llamados a cultivar la actitud interior de espera, de paciencia, así como la capacidad de afrontar lo inesperado, los cambios, los riesgos asociados a nuestra misión. Con esa apertura, pero con el corazón despierto. Y pedir al Espíritu Santo esa capacidad de discernir los signos de los tiempos: esto sí, esto no va bien. Pero podemos hacerlo porque en el origen de nuestro ministerio está su llamada, y no nos dejará solos. Podemos echar las redes y esperar con confianza. Esto nos salva, incluso en los momentos más difíciles; por eso, recordemos la llamada, aceptémosla cada día y permanezcamos con el Señor. Todos sabemos que hay momentos difíciles. Momentos de oscuridad, momentos de desolación, ¿verdad? En esos momentos oscuros, recordad la llamada, la primera llamada. Y de ahí, tomar fuerzas. Cuando esta experiencia está firmemente arraigada en nosotros, entonces podemos ser audaces en la misión a realizar”⁵.

Recordemos, queridos hermanos sacerdotes, la llamada que el Señor nos hizo a seguirlo. Pasémosla, una y mil veces, por el corazón, pues eso significa precisamente recordar. Hagamos *memoria deuteronomica* de la llamada, de las propias raíces, ello nos ayudará a mirar al futuro con confianza, recordando nuestra historia, la propia historia y las raíces de nuestra existencia sacerdotal. No nos conformemos con “una memoria arqueológica”, porque ésta, como dice el Papa Francisco, “nos convierte en piezas de museo, quizás dignas de admirar, pero no de imitar”⁶. Cultivemos el estupor ante esa llamada. *Reavivemos el fuego del don que hay en nosotros mediante la imposición de las manos* (cf. 2Tim 1, 6). Este es un tiempo favorable para reavivar el fuego del don de Dios que está en nosotros, y para testimoniarlo precisamente hoy con confianza y esperanza, con perspectivas abiertas al futuro. Centrémonos en el don de Dios, en la gratuidad de su llamada. Centrémonos en la belleza del don que es el sacerdocio. Ello nos dará fuerza para seguir adelante

⁵ PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes y consagrados durante su visita apostólica a Verona*, 18 de mayo de 2024.

⁶ PAPA FRANCISCO, *Discurso a la Plenaria de la CIVCSVA*, Vaticano, 11 de diciembre de 2021.

y mantenernos fieles a nuestro propósito de seguir al Señor en todo momento.

Preguntémonos:

- ¿Cómo está mi fuego?
- ¿Tengo que reavivarlo?
- ¿Qué medios estoy poniendo para ello?

CUIDEMOS NUESTRA REALIDAD PERSONAL: NUESTRA SALUD Y NUESTRO SACERDOCIO

“Sacado de entre los hombres para servir a los hombres en lo que se refiere a Dios” (Hb 5, 1), el sacerdote es un servidor, no vive para sí mismo, sino para los demás. Esto no impide que tengamos que cuidar nuestra realidad personal.

El cuidado del que estamos hablando tiene mucho que ver con nuestra salud y con nuestra identidad sacerdotal. La salud es un don de Dios, pero mucho también depende de nosotros. Por su parte, estamos llamados a vivir la identidad sacerdotal con pasión, con ilusión, con paz, con esperanza y con alegría. Sin salud física no podremos desarrollar convenientemente nuestra misión. Por otra parte, sin pasión, ilusión, paz y esperanza nuestro sacerdocio no será significativo y terminaremos convirtiéndonos en meros funcionarios. Sin alegría nuestro seguimiento de Jesús terminará siendo un triste seguimiento. Sin pasión, ilusión, paz, esperanza y alegría difícilmente, por no decir imposible, daremos con los nuevos métodos y los nuevos lenguajes necesarios para afrontar la evangelización, y difícilmente afrontaremos los nuevos desafíos que dicha evangelización nos está presentando.

Es necesario cuidar de nuestra salud y comprometernos con la renovación interior para que nuestro testimonio evangélico sea creíble e incisivo en el mundo de hoy. No nos dejemos vencer por las dificultades que encontramos en nuestro camino. No nos dejemos abatir por el desánimo y la tristeza. No separemos nunca nuestra vida personal de nuestra acción pastoral.

En mis años de ministerio he notado que a veces hay sacerdotes que se preocupan ejemplarmente de las personas y de la comunidad que le ha sido asignada, pero que no siempre están atentos a cuidar su *salud*

integral. Olvidamos que el amor que se nos pide en relación con los demás tiene su punto de partida en el amor a uno mismo: “Amarás al prójimo como a ti mismo” (Mt 22, 39). Porque me cuido puedo cuidar del prójimo; porque velo por mis heridas, puedo velar por las heridas del hermano; porque favorezco mi formación y mi vida espiritual, lo puedo hacer también con los demás.

Algo que me impresiona mucho es el considerable número de sacerdotes enfermos, física y psicológicamente que he encontrado en mi vida, incluso jóvenes. A ello puede influir, además del activismo exagerado, que puede llegar a rompernos, y la soledad no habitada por Dios, que puede llegar a hacerse insoportable, la expectativa de una vida perfecta y sin errores; la disponibilidad 24 horas del día durante 7 días a la semana que se proyecta sobre nosotros; la expectativa de muchos que ven al sacerdote como modelo de virtud y santidad y que no puede cometer errores. Esa imagen de una persona que no puede fallar, que la gente a veces proyecta en nosotros, nos puede afectar porque no queremos defraudar a quienes nos han sido encomendados, y porque tampoco queremos ser el blanco de críticas y juicios, muchas veces injustas. La “paternidad” propia del sacerdote muchas veces nos lleva a ocultar nuestras debilidades, al igual que un padre lo hace con sus hijos. Por un lado hemos de convencernos de que ocultar los problemas no ayuda; por otro es necesario que caiga esa imagen y a la vez que los laicos tomen conciencia de que también nosotros necesitamos de su ayuda. Todo ello puede producir en nosotros un desgaste y provocar enfermedades de todo tipo.

Algo que puede ayudar a prevenir el desgaste, el *burnout*, es que uno se sienta realizado con la propia vocación y que aprenda a conocer sus emociones, de forma que pueda detectar los indicios del desgaste. Otras claves en las que coinciden los expertos son tener aficiones sanas, aprender a descansar y a pedir ayuda cuando uno no es capaz de realizar ciertas tareas, o rodearse de sacerdotes amigos para evitar la soledad. También es importante la labor de formación y discernimiento que debe hacerse en los Seminarios y que puede ayudar a detectar a los candidatos que necesitan atención psicológica, o cuya situación personal no hace conveniente que sean ordenados.

Y por supuesto, hemos de cuidar mucho nuestra vida de relación con Dios a través de la oración y la celebración de los sacramentos, particularmente del sacramento de la Eucaristía, donde podemos encontrar el Corazón mismo de Jesucristo y donde nuestro diálogo con él está llamado a ser un “diálogo orante, de corazón a corazón”⁷. No olvidemos tampoco, que en una sociedad líquida como la nuestra, “que desvaloriza el centro íntimo del hombre, el corazón”⁸, necesitamos volver al corazón para unir los fragmentos de nuestra existencia⁹, para “unificar y armonizar nuestra historia personal, que parece fragmentada en mil pedazos, pero donde todo puede tener un sentido”¹⁰. “Todo se unifica en el corazón”¹¹. Si el mundo puede cambiar desde el corazón¹², mucho más nuestra vida sacerdotal.

Volvamos al corazón: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 14). El Señor nos salva hablándonos al corazón. Por eso, hoy más que nunca, son necesarios momentos de encuentro profundo con uno mismo y con Dios, de ahí la necesidad de cuidar los días de retiro mensuales y de los Ejercicios Espirituales anuales. También es importante tener un buen director espiritual que sepa guiarnos y acompañarnos, sin olvidar el camino de la formación y conversión permanente que duran toda la vida. No podemos tampoco olvidar nunca que no somos islas o seres que nos bastamos a nosotros mismos. El encuentro auténtico con el otro nos llevará a crecer en lo humano, a cuidarnos, a corregirnos fraternamente, no a deformarnos. Cuidemos la fraternidad sacerdotal.

En todo esto es importante deshacernos de la idea de que cuidarse a uno mismo física y psicológicamente es egoísta. Tenemos que ser ordenados, dormir las horas suficientes, no descuidar las comidas... esto nos ayuda mucho a no abandonarnos. No podemos contentarnos con sobrevivir. Hemos de vivir una vida plena. Nuestro ministerio lo pide. Vivamos un *proyecto ecológico de vida*, dedicando un tiempo adecuado para nosotros mismos, un tiempo para Dios, un tiempo para los

⁷ Cf. PAPA FRANCISCO, *Encicl. Dilexit nos (=DN)*, Roma, 2024, 26.

⁸ *Idem*, 10.

⁹ *Idem*, 17.

¹⁰ *Idem*, 19.

¹¹ *Idem*, 21.

¹² Cf. *Idem*, 28-31.

demás, un tiempo para la misión. Cuidemos nuestra realidad personal, cuidemos nuestro sacerdocio, y nunca olvidemos de conjugar en nuestra vida estos tres verbos: vigilar, remediar, enmendar. Dejémonos ayudar.

Preguntémonos:

- ¿Cómo estoy cuidando mi salud física?
- ¿Cómo estoy cuidando mi vida espiritual?
- ¿Qué me sobra y qué me falta para vivir un *proyecto ecológico* en mi vida?

CANALES DE LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

Los sacerdotes estamos llamados a ser puentes, canales de la misericordia del Señor, particularmente a través del sacramento de la penitencia o de la reconciliación. “A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 23). “Yo te absuelvo...”. *Dios, rico en misericordia, reconcilió el mundo con la muerte y resurrección de Jesucristo, envió el Espíritu Santo para el perdón de los pecados.* El protagonista del perdón de los pecados es el Espíritu Santo, pero nosotros, sacerdotes, somos los instrumentos para el perdón de los pecados. En el sacramento de la Reconciliación el perdón de Dios se nos transmite a través del ministerio del sacerdote. Parémonos, llenos de estupor, ante este “poder” que nos concede el Señor. Yo, pecador como cualquiera, necesitado del perdón del Señor, he sido llamado a ser instrumento del perdón y de la misericordia del Señor, “rico en piedad y misericordia” (cf. *Sal* 85). Es para estremecerse y valorar grandemente esa posibilidad, ese “poder” que el Señor nos ha dado.

Desde el estupor que esto supone, os invito, queridos sacerdotes, a valorar grandemente el sacramento del perdón, confesándonos nosotros con regularidad y administrando con gozo este sacramento, sobre todo en este Año Jubilar os invito a dedicarle tiempo, pues ello forma parte de nuestra misión sacerdotal y pastoral. Os invito también a no cansarnos de ser misericordiosos, a perdonar siempre, siendo conscientes que cuando la gente viene a confesarse, viene a pedir perdón y no a escuchar una homilía o una clase de teología. “Sean misericordiosos, por favor”, es lo que nos pide el Santo Padre. No seamos jueces. “No torturen a los penitentes [...] Que el sacramento de la reconciliación

no sea una sesión de tortura. Perdonen todo. Todo. Y perdonar sin hacer sufrir. Perdonar abriendo el corazón a la esperanza [...] A todos, a todos debemos llevar la caricia de la misericordia de Dios”¹³. Acerquémonos al sacramento de la reconciliación y sintámonos amados y perdonados para amar y perdonar a los demás como el Señor nos perdona a nosotros.

Desde la identificación con el Corazón de Cristo que busca cada una de sus ovejas, que desea celebrar una gran fiesta por la conversión de cada pecador (cf. *Jn* 10, 1 ss.; *Lc*, 15, 1 ss.), acojamos a los penitentes como queremos ser acogidos nosotros cuando acudimos a este sacramento. Siempre, pero especialmente en este Año Jubilar, no nos cansemos de ser misericordiosos. Perdonemos siempre, pues el perdón siempre es generativo por dentro.

Preguntémonos:

- ¿Cada cuánto tiempo me acerco a recibir el sacramento de la reconciliación? ¿Qué significa el sacramento de la reconciliación en mi vida?
- ¿Cuánto tiempo dedico a la administración de este sacramento?

DESAFÍOS A NUESTRA IDENTIDAD SACERDOTAL

Todos experimentamos las dificultades que comporta el vivir nuestra vocación sacerdotal. Os invito ahora, queridos hermanos en el sacerdocio, a reflexionar sobre algunos desafíos que me parecen muy importantes.

Servir al pueblo y no servirse del pueblo

A través de nosotros el Señor quiere ungir a su pueblo con el aceite de la consolación y de la esperanza. Y nosotros estamos llamados a ser eco de esta promesa de Dios; a recordar que Él nos ha formado y a Él le pertenecemos, a animar la senda de la comunidad, y a acompañarla en la fe al encuentro de Aquel que ya camina junto a nosotros.

Somos sacerdotes para servir a nuestro pueblo, no para servirnos del pueblo, a ejemplo del mismo Señor que no vino para ser servido, sino para servir (cf. *Mt* 20, 28). Y nuestro primer servicio es el de “ser signos

¹³ PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes y consagrados durante su visita apostólica a Verona*, 18 de mayo de 2024.

de la presencia de Cristo, de su amor incondicional, del perdón con el que quiere reconciliarnos, de la compasión con la que quiere hacerse cargo de los pobres". Y sigue diciendo el papa Francisco: "Nosotros fuimos llamados para ofrecer la vida por los hermanos y las hermanas, llevándolos a Jesús, el único que cura las heridas del corazón"¹⁴.

Recordemos que, si vivimos para 'servirnos' del pueblo en vez de 'servir' al pueblo, nuestro sacerdocio pierde sentido, seríamos como los falsos profetas: "lobos con piel de oveja" (Mt 7, 15). Lo nuestro "no es un trabajo para ganar dinero o tener una posición social, ni tampoco para resolver la situación de la familia de origen, sino que se trata de ser signos de la presencia de Cristo, de su amor incondicional; del perdón con el que quiere reconciliarnos; de la compasión con la que quiere hacerse cargo de los pobres. Nosotros fuimos llamados para ofrecer la vida por los hermanos y las hermanas, llevándolos a Jesús, el único que cura las heridas del corazón"¹⁵.

Porque es todo del Señor, el sacerdote es todo de los hombres y para los hombres. Porque pertenece a Cristo, el sacerdote está radicalmente al servicio de los demás: es ministro de su salvación, de su felicidad, de su auténtica liberación. Dicho de otra manera, el sacerdote es un don para servir como Cristo, por Él, con Él y en Él. De la unión con Cristo brota el servicio a los demás, el empeño de anunciar y dar testimonio del evangelio, el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños.

En la Bula del Año Jubilar, el Papa Francisco desea que este tiempo de gracia dé como fruto el encuentro "vivo y personal" con Jesucristo, "puerta de salvación (cf. Jn 10, 7.9)¹⁶. Este encuentro debería significar para todos nosotros un revestirnos del oficio de servidor, a ejemplo de Cristo siervo.

Por otra parte, como sacerdotes hemos de sentirnos servidores de todos, sin distinciones ni selectividad, sin prejuicios; creando comunión como Jesús, que salió al encuentro de cada persona allí donde estaba

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ PAPA FRANCISCO, *Spes non confundit (=SNC)*, Bula del Jubileo ordinario del año 2025, Roma, 2024, n.1

su historia, que escucha a todos: hombres y mujeres, judíos y paganos, justos y pecadores. Y este servicio ha de ser gratuito, pues *lo que hemos recibido gratis, gratis lo hemos de dar* (cf. Mt 10, 78), ya que no hay mejor paga que la alegría de evangelizar, que la alegría de servir (cf. 1Cor 9, 18), y entregar la propia vida por las ovejas, a ejemplo del Buen Pastor (cf. Jn 10, 11).

Un servicio particular que hemos de prestar los sacerdotes es el servicio de sembrar esperanza en el corazón de los hermanos y hermanas que nos han sido confiados. Que “la luz de la esperanza pueda llegar a todas las personas, como mensaje de amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea fiel testigo de este anuncio en todas partes del mundo”¹⁷. Ese es un servicio profético para nuestros días en el que diversos factores se han combinado para que se haya instalado entre nosotros una especie de fatiga, “que podríamos llamar el cansancio de la esperanza”¹⁸. Puesto que no podemos vivir sin esperanza, pues solo ella nos puede mantener en pie¹⁹, recuperemos el verdadero sentido de la esperanza cristiana²⁰, y frente a ese *cansancio de la esperanza* reavivemos la esperanza en nosotros mismos y seamos sembradores de esperanza.

No podemos ser víctimas de la desesperanza. Necesitamos abrirnos a la esperanza ofrecida por el Evangelio, que es el antídoto para el espíritu de desesperanza que crece en la sociedad, siendo conscientes de que la “gran esperanza solo puede ser Dios que abraza el universo y nos puede proponer lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar”²¹. Hemos de ser bien conscientes de que solo la esperanza nos mantendrá firmes mientras navegamos las aguas turbulentas de un mundo en el que cada vez aparecen más peligros, como la atracción del materialismo que asfixia los auténticos valores espirituales y culturales y el espíritu de competencia desenfrenado que genera egoísmo y conflictos. Nosotros, sacerdotes, no estamos ajenos a estos riegos.

¹⁷ PAPA FRANCISCO, *SNC*, 6.

¹⁸ PAPA FRANCISCO, *Homilía a los sacerdotes, consagrados y movimientos laicales en Panamá*, 2019.

¹⁹ BENEDICTO XVI, Encicl. *Spes Salvi*, sobre la esperanza cristiana, Vaticano, 2007, 24 ss.

²⁰ *Idem*, 31.

²¹ *Idem*.

Pero ¿cómo podremos dar lo que no tenemos? ¿Cómo podremos sembrar esperanza en el corazón de nuestros hermanos y hermanas si no la tenemos en nosotros? Para prestar el servicio de sembrar esperanza hemos de dejarnos habitar por la esperanza, por esa esperanza que no defrauda (*Rm 5, 5*); hemos de dejarnos impulsar por el Espíritu Santo “que con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida”²² que, como desea el Santo Padre, “este Año Jubilar sea para todos ocasión de reavivar la esperanza”²³, comenzando por nosotros, sacerdotes.

Preguntémonos:

- ¿Cómo me veo en relación con el Pueblo santo de Dios que me ha sido confiado?
- ¿Cómo me ven las personas con las que me relaciono?

Vencer la mediocridad espiritual

La vida sacerdotal es incompatible con la mediocridad. Si lo es para todo discípulo, lo es mucho más para un sacerdote. Las palabras de condena del Ángel a la Iglesia de Laodicea no pueden dejarnos insensibles: “Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (*Ap 3, 15-16*).

Optar por la mediocridad como estilo de vida es optar por quedarnos a mitad de camino, renunciar a una vida con sentido, renunciar a vivir en plenitud, renunciar a seguir caminando y creciendo humanamente y como sacerdotes. La mediocridad es la forma más cómoda de la resignación, llevándonos a ver la vida pasar como meros espectadores, sin ser partícipes de ella. La mediocridad normalmente termina en la frustración, una vida a medias nunca puede ser satisfactoria; en el fatalismo, en la idea que no hay posibilidad de cambio; en el miedo a tomar el control de nuestra vida; y, en definitiva, en la tristeza. Todo esto nos hace infelices y la infelicidad nos arrastra a la resignación, generando un ciclo interminable.

²² PAPA FRANCISCO, *SNC*, 3.

²³ PAPA FRANCISCO, *SNC*, 1.

Si queremos vencer la mediocridad un punto de partida es fundamental: Dios es incompatible con lo fragmentado, lo mediocre. Hablar de Dios es pensar en clave de infinito y de perfección. El mediocre disminuye a Dios, se disminuye a sí mismo mental y espiritualmente, y vive disminuyendo a los demás. El mediocre practica la disminución en todo lo que toca, es disminución y vive disminuyendo: Dios, la comunidad, la familia, la sociedad, la ciencia, los proyectos. El mediocre es un sembrador de muerte, uno que renuncia a la plenitud a la que es llamado.

Cuando Dios da al pueblo de Israel la ley, para que viva permanentemente religado a El, le habla de Amar “con todo el corazón”, con “toda el alma”, con “toda la fuerza”, con “todo el ser” (*Dt* 6, 5-9; *Mc* 12, 30). Ese “todo”, repetido cuatro veces se refiere a hacer con él una misma historia, a estar siempre presente con él en una presencia activa y responsable en la historia. Cierto que ese “todo” va dirigido a todos los seguidores de Jesús, pero de forma especial a nosotros, sacerdotes.

La esencia del mensaje de Jesús apunta a un “Plus” sorprendente en cada persona, llamada a vivir con los valores de las bienaventuranzas (cf. *Lc* 6, 20-33). “En ellas se dibuja el rostro del Maestro que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas, pero también se dibuja el rostro del cristiano y, cómo no, el rostro del sacerdote, pues “ellas son como el carnet de identidad del cristiano”²⁴.

Por otra parte, nosotros, sacerdotes, no podemos olvidar la llamada a la santidad: santos, como Dios es santo (cf. *Lv* 11, 45; *1Pe* 1, 16). Como nos recuerda el Papa Francisco, “todos estamos llamados a ser santos”²⁵. “Corramos, con constancia, la carrera que nos toca” (*Heb* 12, 1) “Dejémosnos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta”²⁶. No nos enredemos en nuestras debilidades, en nuestra mediocridad. “La santidad es el rostro más bello de la Iglesia”²⁷ y seguramente del sacerdocio ministerial.

²⁴ PAPA FRANCISCO, *Exh. Apost. Gaudete et exultate, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*, Roma, 2018, 63.

²⁵ *Idem*, 14.

²⁶ *Idem*, 8.

²⁷ *Idem*, 9.

Jesús quiere nuestro crecimiento y nuestro desarrollo como en el caso de una pequeña semilla (cf. *Mt* 13, 31-33). Jesús nos llama a desarrollar al máximo los talentos que hemos recibido (*Mt* 25, 14-30).

El sacerdote, en cuanto seguidor de Jesús, ha de alcanzar, como Pablo, la conciencia de que “su vida es Cristo”: “Para mí el vivir es Cristo” (*Flp* 1, 21). Tenemos que tender a ser Él, vivir en Él, conseguir que su plenitud sea nuestra personal plenitud. Y lo propio ha de hacer en su relación con los demás: considerarlos como *miembros de miembros*, amándolos, como a nosotros mismos, siempre y en todo. La gracia es no solo del orden moral, del orden del “tener”, sino del “ser”: Somos “partícipes de la divina naturaleza” (*2Pe* 1, 4). Estamos ordenados a Infinito.

Dios nos ha creado para que nos dejemos activar por él gracias al Espíritu Santo. Él permanece y actúa en nosotros, pero nosotros tenemos que dejarlo actuar en nosotros. Jesús habla de una sorprendente homogeneidad de vida y acción Dios-hombre: El Viñador (Padre), la cepa (Cristo), los sarmientos (nosotros) poseen los mismos frutos, la vida en Dios (cf. *Jn* 15, 1-8). Nuestra identidad, actividad y responsabilidad es Cristo: “Ser hijos del Padre” (“haréis cosas mayores”), estar “movidos por un mismo Espíritu” (“El Espíritu se une a nuestro espíritu”). El cristiano ha de amar con el amor *agapé*, el mismo amor de Dios.

Queridos sacerdotes: aunque suene a repetido os ruego que cuidemos nuestra intimidad con Cristo, *permanezcamos en su amor* (cf. *Jn* 15, 9). En esa intimidad nos jugamos todo: “ser sus ministros, sus intérpretes, ecos de su voz, su tabernáculo, el signo histórico y social de su presencia en la humanidad, el fuego ardiente de irradiación de su amor por los hombres”²⁸. Cuidemos nuestra intimidad con el Señor. Cuidemos los momentos propios de toda intimidad: momentos de quietud, de soledad y silencio ante Dios. De la intimidad con el Señor sacaremos el estímulo necesario para caminar contra corriente, el estímulo de nuestro ministerio sacerdotal, la fuente de la energía apostólica (cf. *Jn* 21, 15 ss.), el antídoto de la mediocridad.

²⁸ PABLO VI, *Pastorale del sacerdozio*, a cura di Leonardo Sapienza, Ed. Viverein, Roma 2020, 19.

En este contexto os pido que pongamos la necesaria prudencia en el uso de las redes sociales para que, sirviéndonos de ellas, no nos convirtamos en sus víctimas. No seamos esclavos de los smartphones, acabando atrapados en la vida virtual en detrimento de la vida real. En relación con la vida virtual, escuchemos lo que dice el Papa a los jóvenes, que también puede ser útil para nosotros: “Salgan al mundo, encuentren a la gente, escuchen sus historias, miren a los ojos de sus hermanos y hermanas. la verdadera riqueza está en las relaciones humanas vividas a diario, en el contacto directo y sincero”²⁹.

En la era digital las redes sociales juegan un papel importante en la comunicación. Las redes sociales son importantes, pero, sin poner en duda sus virtudes, también hemos de ser conscientes de sus peligros, cuando no se utilizan correctamente. Sirvámonos de ellas para construir la amistad, la paz, el diálogo y para transmitir los valores del Evangelio. Que nuestro uso de las redes sociales se distingan por espiritualidad y humanidad, por ser siempre positivos.

El Papa Francisco nos recuerda constantemente que la prioridad de nuestra vida es el encuentro con el Señor a través de la eucaristía celebrada diariamente, la Liturgia de las Horas, la confesión y un tiempo intenso diario de oración personal para estar con Él corazón a corazón. Sobre el particular, entre otras cosas he dicho: “La oración nos hace salir del yo, nos abre a Dios, nos vuelve a poner en pie porque nos pone en sus manos; crea en nosotros el espacio para experimentar la cercanía de Dios, para que su Palabra nos sea familiar y, a través de nosotros, lo sea a todos los que encontramos. Sin la oración no se va lejos. Finalmente, para superar la mediocridad espiritual, no nos cansemos nunca de invocar a la Virgen María, nuestra Madre, y de aprender de ella a contemplar y seguir a Jesús”³⁰.

Queridos hermanos sacerdotes, permitidme que os recuerde que la relación con Él es el fundamento de nuestra acción: “No olvidemos que el secreto de todo está en la oración, porque el ministerio y el apostolado no son, en primer término, obra nuestra y no dependen sólo de los medios humanos”³¹.

²⁹ PAPA FRANCISCO, Carta a los jóvenes de Isasi (Rumanía), 2024.

³⁰ PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes y consagrados durante su visita apostólica a Verona*, 18 de mayo de 2024.

³¹ *Idem*.

Preguntémosnos:

- ¿Cómo vivo el encuentro personal con Jesús?
- Tal como llevo mi vida sacerdotal, ¿puedo proponérsela a un joven?
- ¿Qué aspectos de mi vida he de cambiar para no caer en la mediocridad espiritual?

Vencer la tentación de la mundanidad

Etimológicamente *mundanidad* viene de *mundus* (mundo) y consiste sencillamente en vivir según el espíritu del mundo, según los intereses y la lógica del mundo. Ser mundanos consiste, ante todo, en buscar el bienestar personal, el confort, la comodidad, la reputación y la fama. Un *espíritu mundano* hace todo lo posible para permanecer el mayor tiempo posible en puestos de poder, de cualquier tipo que sea (económico, político, social, religioso) para gozar de los beneficios que ello comporta. La voluntad de *ser alguien*, de ser reconocido, de ser apreciado por todos, es típica del espíritu mundano.

La *mundanidad espiritual* lleva consigo el olvido de los demás, de sus necesidades, de sus sufrimientos. La persona que sufre la enfermedad de la *mundanidad espiritual* piensa solo en él y manipula el Evangelio en beneficio propio, utilizándolo de forma instrumental para legitimar sus propias posiciones. Tales personas parten del presupuesto de que la posición de respeto y de reputación que ha conseguido o tienen por el oficio que desempeñan (como puede ser el caso de un sacerdote) es fruto de su trabajo o de sus esfuerzos, e ignora el valor del don, de la gratuidad; tienen claros sus derechos, pero olvidan sus obligaciones y deberes para con los demás y, muy probablemente, para con el mismo Dios. Quien sufre la *mundanidad espiritual* cree existir solo él y que todo lo que ha obtenido en la vida es fruto del propio talento y de los propios esfuerzos, e ignora el valor de la gracia recibida. Para el Papa Francisco, la *mundanidad espiritual* es una de las peores plagas de la Iglesia, llegando a identificarlo, sobre todo cuando se da en los clérigos, como una *peste*, como la misma *lepra*.

De estas personas es propio el pecado del “habría que hacer” o del “habríaqueísmo” farisaico propio de “maestros espirituales y sabios pastorales que señalan

desde afuera³², pecado que consiste en juzgar, casi siempre con severidad y sin misericordia, lo que los otros deberían haber hecho o de hecho hacen, partiendo siempre de una cierta superioridad moral que se dan a sí mismos. Y es que la *mundanidad espiritual* nos impide salir del pequeño mundo en el que vivimos encerrados, pero nos permitimos decir a los otros lo que deben hacer y lo que no deben hacer. Frente a esta tendencia, es esencial el *descentramiento* de uno mismo.

Particularmente san Pablo en sus Cartas y posteriormente san Agustín en numerosos pasajes de sus escritos, siguiendo lo dicho por Jesús (*Jn* 15, 19), nos recuerdan que el cristiano no hace parte de este mundo. Aun cuando estamos en él para ser *sal y luz* (cf. *Mt*, 5, 13-14), pero nunca para actuar según los criterios del mundo. Aunque estamos en el mundo, no somos del mundo (cf. *Jn* 17, 16-18). De nosotros se espera que venzamos al *mundo* en el sentido peyorativo de hostilidad en los que se han vuelto contra Jesús, bajo el impulso del príncipe de este mundo, como aparece en la segunda parte del Evangelio de san Juan (cf. *Jn* 16, 20; 17, 14. 16; 18, 36). De nosotros, sacerdotes, se espera que vivamos del modo que corresponde a los santos (cf. *2Cor* 10, 3-6).

Si un cristiano no puede convivir con el espíritu del mundo, mucho menos un sacerdote. *La mundanidad espiritual* nos lleva a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo y ello nos separa del pueblo. El sacerdote dominado por la *mundanidad espiritual* rechaza la profecía de los hermanos, descalifica quien le hace preguntas y está obsesionado por la apariencia. El sacerdote, dominado por la mundanidad espiritual mira al otro desde lo alto y desde lejos, sintiéndose superior principalmente de los humildes. En eso consiste precisamente el clericalismo, tan combatido por el Papa Francisco.

La mundanidad espiritual, con todo lo que comporta, es una tremenda corrupción con apariencia de bien; es un ídolo, no es Dios. Y la idolatría es el pecado más grave en el que podemos caer. *La mundanidad espiritual* es una actitud homicida. *La mundanidad espiritual* mata. Mata el alma sacerdotal, mata las personas, mata la Iglesia. *¡Dios nos libre de sacerdotes dominados por la*

³² PAPA FRANCISCO Exht. Apost. *Evangelii gaudium*, (=EG) Roma 2013, 96.

*mundanidad espiritual!*³³.

El sacerdote debe despojarse de la mundanidad; debe despojarse del espíritu contrario al espíritu de las bienaventuranzas, al espíritu de Cristo; debe tomar distancia de la lógica mundana, de la obsesión por el bienestar y del poder, y también de la lucha para obtener un reconocimiento a cualquier precio. A nosotros se nos pide una opción clara de vida que consiste en vivir según el Espíritu y rechazar una vida según el mundo. Se nos pide orientar la propia existencia en base a los valores del Evangelio: abnegación, amor, sacrificio y fundar nuestra vida en Cristo. Se nos pide pasar de una actitud de egoísmo y vanidad a una actitud de servicio.

Cuando un sacerdote utiliza su ministerio, que debería caracterizarse por el servicio, como una forma de promoción o como medio para obtener poder, reputación o cualquier otra prerrogativa del mundo, está cayendo en la *mundanidad espiritual*. Para el Papa Francisco, siguiendo a Henri de Lubac (1897-1991), la mundanidad espiritual es una forma de hipocresía y se pone en relación directa con la *esquizofrenia existencial*, que fácilmente desemboca en la doble vida³⁴, y que es propia de una persona que parece dedicarse a Dios, mientras que en realidad lo que busca es una posición de poder, de prestigio, y lo que consigue es una rendición al espíritu del mundo que lleva a actuar para la afirmación personal, en lugar de buscar la gloria de Dios. En este caso, el sacerdote es un simple *burócrata del espíritu*.

Si queremos dar calidad humana y espiritual a nuestra vida como sacerdotes, hemos de luchar sin tregua para vencer la *mundanidad* o tentación de una vida cómoda, en la que se tienen las cosas más o menos resueltas y se sigue adelante por inercia, buscando nuestro confort y dejándonos llevar sin entusiasmo. Si cedemos ante esa tentación, muy pronto perderemos el corazón de la misión, que, como bien sabemos, comporta salir de los territorios del yo para ir hacia los hermanos y las hermanas ejercitando, en nombre de Dios, el arte de la cercanía, particularmente con los más pobres y necesitados.

³³ PAPA FRANCISCO, *EG*, 97.

³⁴ PAPA FRANCISCO, *Discurso a la Curia Romana*, Roma 22 de diciembre de 2014.

Nos dice el Papa Francisco: “Es triste cuando nos replegamos en nosotros mismos, convirtiéndonos en fríos burócratas del espíritu. Entonces, en vez de servir al Evangelio, nos preocupamos de gestionar las finanzas y de llevar adelante algún negocio que nos resulte ventajoso. Es escandaloso cuando esto sucede en la vida de un sacerdote o de un religioso, que, por el contrario, deberían ser modelos de sobriedad y de libertad interior. En cambio, qué hermoso es mantenerse rectos en las intenciones y libres de componendas con el dinero, abrazando con alegría la pobreza evangélica y trabajando junto a los pobres. Y qué hermoso es ser signos luminosos de disponibilidad total al Reino de Dios, viviendo el celibato. No permitamos que esos vicios, los cuales quisiéramos arrancar de los demás y de la sociedad, se encuentren bien arraigados en nosotros. Por favor, estemos alerta a la comodidad mundana”³⁵. Hagamos, es otra invitación del Papa Francisco, “del trabajo cotidiano la palestra de nuestra santificación”³⁶. Optemos por una Iglesia en movimiento, una Iglesia en salida de sí misma; una Iglesia que *primere*, se involucre, fructifique y sepa festejar³⁷, y siempre en misión centrada en Cristo Jesús, de compromiso con los pobres, respiremos el aire fresco del Espíritu, que nos libra de permanecer centrados en nosotros mismos.

Preguntémonos:

- ¿Cuáles son los criterios que rigen mi vida: los del Evangelio o los del mundo?
- ¿Soy víctima del consumismo reinante o intento vivir desde lo esencial?

Vencer la tentación de la apariencia/superficialidad

La *mundanidad espiritual* de la que hemos hablado está estrechamente emparentada con la superficialidad, con la búsqueda de la apariencia. No podemos negar que en la Iglesia y también en las filas de los sacerdotes no faltan quienes basan la vida en el culto de la apariencia y de la superficialidad. En esto también somos hijos de nuestro tiempo: una cultura muchas

³⁵ Cf. PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes y consagrados durante su visita apostólica a Verona*, 18 de mayo de 2024.

³⁶ PAPA FRANCISCO, *Discurso a la Academia Eclesiástica*, 6 de junio de 2023.

³⁷ PAPA FRANCISCO, *EG*, 24.

veces más preocupada por el envoltorio del paquete que de su contenido. Vivimos en un mundo lleno de tantas “apariencias” en todo el sentido de la palabra, y dentro de los diferentes estatus de la sociedad, como en el ámbito político, social, cultural y hasta religioso.

Es algo que ya criticó Jesús dirigiéndose a los escribas y fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de podredumbre y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (*Mt 23, 27-28*).

En el fariseísmo se halla criticado y condenado todo culto a la exterioridad en detrimento de lo auténtico y todo legalismo, que mira solo a las apariencias. En el texto evangélico que acabamos de citar, Jesús no condena la Ley, sino a aquellos que amparándose en ella se quedan en la superficialidad y quieren burlar sus exigencias más profundas. Son los leguleyos. Mateo ha recogido el sentido profundo de esta crítica en sus célebres antítesis (5, 21 ss.) y Pablo describe magistralmente esta tendencia farisaica de todo falso legalismo (cf. *Rm 2, 17 ss.*).

Sirviéndose de la comparación con los sepulcros blanqueados Jesús contrapone lo exterior a lo interior. La maldad del espíritu fariseo está en que, bajo el pretexto de cumplir la Ley, lo que pretenden es burlar sus exigencias más profundas. Legalistas sin Ley, sería su mejor definición. Y de ahí derivaba también su hipocresía, porque no cumplían la Ley y se vanagloriaban de ella (6,2.5.16: utilizaban el cumplimiento de las prescripciones legales para adquirir fama y prestigio ante los hombres). Este contrasentido se llama hipocresía.

Aun sin llegar a caer en la hipocresía, hemos de reconocer que muchas veces la verdad de nuestra persona “está oculta debajo de mucha hojarasca que la disimula, y esto hace que sea difícil sentir que uno se conoce a sí mismo y más aún que conoce a otra persona”³⁸. Frente a la tentación de cuidar solo la superficialidad o el papel que jugamos por nuestra condición de sacerdotes frente a los demás, “lo mejor es

³⁸ PAPA FRANCISCO, *DN*, 6.

dejar brotar preguntas decisivas: quién soy realmente, qué busco, qué sentido quiero que tenga mi vida, mis elecciones o mis acciones; por qué y para qué estoy en este mundo, cómo querré valorar mi existencia cuando llegue a su final, qué quiero ser frente a los demás, quién soy frente a Dios. Estas preguntas me llevan al corazón”³⁹.

En su abundante magisterio, el Papa Francisco nos pone en guardia contra la tentación de cuidar solo la apariencia o la superficialidad y nos pide entrar en el corazón del Evangelio y de la historia: “Estamos obligados a entrar en el corazón del misterio cristiano, a profundizar la doctrina, a estudiar y meditar la Palabra de Dios; y al mismo tiempo a permanecer abiertos a las inquietudes de nuestro tiempo, a las preguntas cada vez más complejas de nuestra época, para poder comprender la vida y las exigencias de las personas; para entender de qué manera tomarlas de la mano y acompañarlas”⁴⁰.

Desde una clara opción de vida por la profundidad en nuestra existencia, las palabras del Papa son una invitación a ir a la profundidad de las cosas y de los acontecimientos, a no quedarnos simplemente en lo que vemos con nuestros ojos y al mismo tiempo a abrir nuestros ojos y nuestros corazones a la realidad en que vivimos. En este sentido, os recuerdo lo que ya decía en la Carta Pastoral *Peregrinos y Profetas de Esperanza*: no podemos dar la espalda a nuestra realidad. “Vivimos en Extremadura, una región con una población cada vez más envejecida, con poca industria y altos índices de paro y de pobreza”⁴¹. En cuanto sacerdotes no podemos cruzarnos de brazos, ni mirar hacia otro lado ante estas realidades “sangrantes”. Esta realidad a nosotros, sacerdotes, nos está pidiendo un corazón compasivo con la gente y vivir con pasión nuestra vocación “por amor a nuestro pueblo”⁴². Actitudes que no serán posibles si vivimos en y desde la apariencia y la superficialidad. Y para ello, una vez más, os invito a volver al corazón, como lugar de la sinceridad, de la autenticidad, “donde no se puede engañar ni disimular”⁴³.

³⁹ *Idem*, 8.

⁴⁰ PAPA FRANCISCO, Discurso a los sacerdotes y consagrados durante su visita apostólica a Verona, 18 de mayo de 2024.

⁴¹ JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, *Carta pastoral Peregrinos y profetas de esperanza*, 2024, pg. 43.

⁴² OBISPOS DE LA PROVINCIA ECLESIAÍSTICA, *Carta “Por amor a nuestro pueblo”*, con motivo del día de la España vaciada, 2025.

⁴³ PAPA FRANCISCO, *DN*, 5.

Preguntémonos:

- ¿Vivo de apariencias? ¿Juzgo a los demás y los mismos acontecimientos solo por las apariencias?
- ¿Cómo cultivo la profundidad y la autenticidad en mi vida?

SER CONSTRUCTORES Y TESTIGOS DE FRATERNIDAD

Un último desafío que deseo reflexionar con vosotros es el desafío a ser constructores y testigos de fraternidad. Desde la comunión con Cristo, el sacerdote está llamado a ser un hombre de comunión y a vivir en comunión con la Iglesia, con el propio obispo, con los demás hermanos en el sacerdocio, con los laicos, y en particular con los pobres. En definitiva: como sacerdotes estamos llamados a vivir y ser testigos de fraternidad.

Esta experiencia y misión lleva consigo descubrir y transmitir la mística del encuentro, “la mística del vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar”⁴⁴. Solo el encuentro podrá llevarnos a vivir una verdadera experiencia de fraternidad y solo así la comunicación se traducirá en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos⁴⁵. Solo así podremos ser pastores con “olor a oveja, pastores en medio del rebaño”⁴⁶.

Líbrenos el Señor de caer en la tentación de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos. No renunciemos a la dimensión social del Evangelio. Recordemos que solo hay un camino para encontrarse con uno mismo: el encuentro con el otro⁴⁷. “Nuestro corazón coexiste con los otros corazones que le ayudan a ser un tú”⁴⁸.

Por otra parte, no caigamos en la tentación de reducir nuestras relaciones interpersonales solo a aquellas mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y

⁴⁴ PAPA FRANCISCO, *EG*, 87.

⁴⁵ Cf. *Idem*.

⁴⁶ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la misa crismal*, Basílica de San Pedro, Vaticano, 2013.

⁴⁷ Cf. PAPA FRANCISCO, *DN*, 10.

⁴⁸ PAPA FRANCISCO, *DN*, 11.

sistemas que se pueden encender y apagar a voluntad. Ninguna relación virtual puede suplir al encuentro personal. Nuestra misión sacerdotal no puede prescindir de la relación personal y comprometida con Dios y al mismo tiempo comprometida con el otro, desde el momento en que una auténtica vida espiritual consiste en descubrir a Jesucristo en el otro, aceptándolo como compañero de camino. Parafraseando una expresión del Papa os digo, queridos sacerdotes: *“no nos dejemos robar la comunidad, no nos dejemos robar la fraternidad”*⁴⁹.

Os comparto que me preocupa el que haya hermanos sacerdotes que parece que evitan toda ocasión de encuentro; el que sistemáticamente no se participe en los encuentros programados por la Archidiócesis. Es como si pensásemos que somos autosuficientes y no nos damos cuenta de que nos necesitamos unos a otros. No somos islas. No podemos aislarnos ni de los otros miembros del presbiterio ni del pueblo santo de Dios que nos ha sido confiado y al cual nos debemos.

No podemos escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. No podemos escondernos y quitarnos de encima a los demás. No podemos sutilmente escapar de un lugar a otro, de una tarea a otra sin crear vínculos profundos con los demás. Sería “un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo”. El único camino para realizarnos como seres en relación —eso es la persona: un ser en relación—, “consiste en aprender a encontrarnos con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad”⁵⁰. En ella, en la fraternidad, encontraremos la verdadera sanación de tantas enfermedades psicológicas y espirituales.

El aislamiento, además de la falsa autonomía frente a los otros, se puede manifestar también en una no menos falsa autonomía que excluye a Dios, que en nosotros, sacerdotes, lleva a una “especie

⁴⁹ PAPA FRANCISCO, *EG*, 92.

⁵⁰ PAPA FRANCISCO, *EG*, 91.

de consumismo espiritual a la medida de nuestro individualismo enfermizo". Nosotros no creemos en un "Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro". Nosotros confesamos nuestra fe en Jesucristo que se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. *Jn 1, 14*). Estamos llamados a vivir una espiritualidad que "nos convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera"⁵¹. El Señor nos libre de caer en una *espiritualidad del bienestar*, sin comunidad; de una *teología de la prosperidad* sin comunidad y sin compromiso fraterno; de una espiritualidad sin rostros⁵².

Es dentro de esa "mística del encuentro" y de la comunión como los sacerdotes estamos llamados a vivir una profunda comunión con los pobres y con los demás sacerdotes.

Comunión/fraternidad con los pobres. Por el Evangelio sabemos bien que Jesús iba al encuentro de los pobres, los cautivos, los enfermos, los que estaban tristes y solos. Por todo ello fue muy criticado por las autoridades religiosas de entonces. Los sacerdotes estamos llamados a hacer lo mismo. Nos ha dicho el Papa: "Nuestra gente agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, las periferias donde el pueblo fiel está más expuesto"⁵³. Si nos alejamos de los pobres nos estaremos privando de lo mejor que nos pueden dar, todo aquello que es capaz de activar lo más hondo de nuestro corazón y nos convertiremos en simples gestores que no producen otra cosa sino tristeza.

Comunión/fraternidad con los demás sacerdotes. Esta se expresa en la fraternidad sacerdotal o en la fraternidad ministerial.

Todos los sacerdotes, en cuanto colaboradores del cuerpo episcopal, compartimos una misma misión, un único peso, que no es otro que la tarea de edificar y llevar a su plenitud al santo pueblo de Dios. La colaboración y cooperación deben marcar nuestra agenda cotidiana. Desde nuestra vocación hemos de decir con fuerza: no a vivir de espaldas al hermano sacerdote de al lado. No a

⁵¹ Cf. PAPA FRANCISCO, *EG*, 89.

⁵² Cf. PAPA FRANCISCO, *EG*, 90.

⁵³ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Misa Crismal*, Basílica de San Pedro, Vaticano, 2013.

vivir de espaldas a las necesidades de la Archidiócesis. A veces nos refugiamos en el decir que somos hermanos de todos y con todos hemos de formar una fraternidad. Esto es verdad, pero también es verdad que esto no impide que *“para ser hermanos y hermanas de todos, séanlo en primer lugar entre ustedes”*⁵⁴.

Seamos testigos de una comunión real con Cristo, con la Iglesia, con el propio obispo, con los hermanos en el sacerdocio, con todos los fieles. Ese es un reto al que no podemos evitar el intentar dar una respuesta apropiada, pues es lo que exige nuestra vocación y misión, es lo que el pueblo de Dios espera de nosotros. La unidad con Cristo, la unidad con la Iglesia, con el propio obispo, con los demás hermanos en el sacerdocio y con los fieles. Tanto Juan Pablo II como el Papa Francisco han destacado el tema de la fraternidad sacerdotal. El Santo Padre nos anima a servir al pueblo como testigos del amor de Dios, y para ello hay que afrontar estos desafíos de los que os he hablado, porque el servicio es eficaz solo si pasa a través del testimonio.

Preguntémonos:

- ¿Cómo me relaciono con los demás, principalmente con los miembros del presbiterio?
- ¿Cómo construyo la fraternidad ministerial con mis hermanos sacerdotes? ¿Qué medios estoy poniendo para que haya un presbiterio unido donde todos se sientan verdaderos hermanos?
- ¿Qué significan los pobres en mi vida?

PARA CONCLUIR

Para terminar, queridos sacerdotes, quisiera dejaros con dos textos del Papa Francisco pensados para nosotros, sacerdotes. El primero es una invitación a hacer nuestra la experiencia que vivió el viejo Simeón en el templo de Jerusalén: tomar a Jesús en brazos. Nos dice el Papa Francisco: “Tomarlo en brazos, para poder tenerlo ante los ojos y cerca del corazón. De ese modo, poniendo a Jesús en el centro nos cambia la perspectiva sobre la vida y, aun en medio de trabajos y fatigas, nos sentimos envueltos por su luz, consolados por su

⁵⁴ PAPA FRANCISCO, *Discurso a los sacerdotes, diáconos, consagrados, consagradas y seminaristas de la República Democrática del Congo*, 2 de febrero de 2023.

Espíritu, animados por su Palabra, sostenidos por su amor”⁵⁵.

El segundo texto nos lo deja el Papa a partir de otro texto del profeta Isaías “No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú me perteneces. Si cruzas por las aguas, yo estaré contigo, y los ríos no te anegarán; si caminas por el fuego, no te quemarás, y las llamas no te abrasarán” (Is 43,1-2). “De ese modo, dice el Papa, el Señor se revela como Dios de la compasión y nos asegura que nunca nos dejará solos, siempre estará a nuestro lado, siendo refugio y fortaleza en las dificultades”⁵⁶.

Queridos hermanos sacerdotes: mantengámonos en camino, pues, como decía santa Teresa antes de morir: “Es tiempo para caminar”. Es tiempo para “pasar de lo bueno a lo mejor”, como decía otra mujer grande, santa Clara de Asís.

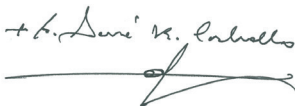
Que este Año Jubilar sea realmente una ocasión propicia para encontrarnos personalmente con Aquel al que confesamos como nuestra esperanza (cf. *1Tim* 1, 1). Que nuestro corazón esté animado por la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5, 5), para poder comunicarla a los demás.

Queridos hermanos sacerdotes: Este es mi ardiente deseo para mí y para todos y cada uno de vosotros en este día tan importante para nosotros en que renovamos nuestras promesas sacerdotales.

Y mientras repito mi agradecimiento por el regalo que el Señor me ha hecho en cada uno de vosotros, os abrazo y os bendigo.

Vuestro hermano y pastor que quiere ser vuestro amigo

Badajoz, 15 de abril del Año Jubilar 2025



✠ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

⁵⁵ *Idem.*

⁵⁶ *Idem.*

Abreviaturas**Sagrada Escritura**

1 Cor	Primera carta a los Corintios
2 Cor	Segunda carta a los Corintios
2 Pe	Segunda carta de Pedro
1 Tim	Primera carta a Timoteo
2 Tim	Segunda carta a Timoteo
Ap	Apocalipsis
Col	Carta a los Colosenses
Flp	Carta a los Filipenses
Heb	Carta a los Hebreos
Jn	Evangelio de Juan
Is	Isaías
Lc	Evangelio de Lucas
Mc	Evangelio de Marcos
Mt	Evangelio de Mateo
Os	Oseas
Rm	Carta a los Romanos
Sal	Salmo

Documentos eclesiales

DN	Carta Encíclica <i>Dilexit nos</i> sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo (24 de octubre de 2024)
EG	Exhortación apostólica <i>Evangelii Gaudium</i> sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013)
SNC	<i>Spes non confundit</i> . Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025 (9 de mayo de 2024)

Otras

CIVCSVA	Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica
Exh. Apost.	Exhortación Apostólica

